

EN PORTADA

LA CULTURA QUE EMERGIÓ DEL MAR



De libros de historia a libros de viaje, y de ensayos a novelas, las editoriales apuestan por títulos sobre el Mediterráneo, un espacio geográfico tan importante para la literatura como para la política

POR GUILLERMO ALTARES

Durante siglos, toda la historia de Europa pasó por el Mediterráneo. No es que no existiesen otros mares, otros continentes y otros pueblos, simplemente éramos incapaces de verlos. El Mediterráneo es un espacio de guerras, naufragios, piratas y esclavos, pero también se alza como el mar de nuestra cultura, desde el aceite de oliva hasta el ágora de Atenas. Y encarna las playas de nuestros recuerdos y nuestras canciones: ahí están Joan Manuel Serrat o Georges Brassens con su *Plegaria para ser enterrado en la playa de Sète*, donde describe un mar “que no se toma demasiado en serio ni siquiera en sus momentos furiosos”. Son las aguas en las que se pierde Ulises volviendo a casa, pero también en las que buscan un destino los cuatro narradores de *El cuarteto de Alejandria*,

de Lawrence Durrell. Basta con recordar los primeros compases de *Justine*, el tomo con el que arranca esta gran novela coral: “Otra vez hay mar gruesa y el viento sopla en ráfagas excitantes: en pleno invierno se sienten ya los anticipos de la primavera. Un cielo nacarado, caliente y límpido hasta mediodía, grillos en los rincones umbrosos, y ahora el viento penetrando en los grandes plátanos, escudriñándolos...”.

El historiador británico John Julius Norwich (1929-2018) concentró toda esa historia en su ensayo *El Mediterráneo. Un mar de encuentros y conflictos entre civilizaciones*, publicado recientemente por Ático de los Libros, editorial que está recuperando toda la obra, desperdigada por diferentes sellos, de este gran investigador fallecido el año pasado. Desde una enorme ambición, tejido con una prosa ágil que recorre multitud de historias y personajes, el resultado resulta parecido en cali-

dad, detalles y entretenimiento a *El gran mar. Una historia humana del Mediterráneo* (Crítica), del catedrático de Cambridge David Abulafia, hasta ahora la obra global de referencia sobre este viejo mar. El ensayo de este profesor británico experto en el Mediterráneo se prolonga hasta nuestros días, hasta las sillas de plástico, el turismo de masas y las paellas gelatinosas, pero también el interminable conflicto israelo-palestino. Su último capítulo llega hasta 2010. Norwich, en cambio, se detiene en la Primera Guerra Mundial.

Los dos son deudores del gran libro de historia sobre este mar, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, la obra maestra de Fernand Braudel, publicada por primera vez en 1949 y ampliada por su autor en sucesivas ediciones hasta 1990. El de Norwich resulta más político, se trata sobre todo de una historia de reyes y batallas, mientras que el de Abulafia

Arriba, el mar Mediterráneo en Izola (Eslovenia), foto correspondiente al proyecto del fotógrafo Nick Hannes *The Continuity of Man* (2010-2014).

ofrece un tono más social. En los tres tomos de su obra magna, Braudel trata los dos aspectos. La principal tesis de su ensayo es cómo la geografía y el medio natural se convierten en los principales motores y puntos de unión de esta cultura.

La gran dificultad de estas obras radica en buscar puntos de conexión en la diversidad inabarcable del Mediterráneo, en localizar lo que une y a la vez separa a los pueblos que han habitado y luchado en sus aguas desde hace siglos. Y no es sencillo. Abulafia se lo pregunta: “Resulta tentador intentar reducir la historia del Mediterráneo a unas pocas características comunes, intentar definir una ‘identidad mediterránea’ o insistir en que determinadas características físicas han moldeado la experiencia humana en esta región (como sostenía con insistencia Braudel)”. Lo mismo que algunos científicos afirman de la conciencia —no sabemos definirla,

pero sabemos lo que es—, se puede sostener sobre el Mediterráneo: cualquier habitante de sus orillas sabe reconocer lo que le identifica como miembro de esta cofradía, aunque no resulta fácil definirlo en unas pocas palabras, mucho menos en un mundo cada vez más globalizado.

Otro ensayo que acaba de volver a las librerías españolas, *Breviario mediterráneo*, del montenegrino Predrag Matvejević, reeditado por Acañtilado, insiste en ese mundo común y diverso, en las múltiples lenguas y las culturas que dividen o unen sus orillas. Y también recuerda uno de los conceptos que muchas veces se han identificado con el Mediterráneo: la derrota y el olvido, acelerado a partir de la llegada de los europeos a América cuando cambió la mirada del continente. En una de sus frases sostiene: "El Mediterráneo ha mantenido su primer puesto en la literatura y lo ha perdido en todo lo demás".

Precisamente, sobre la relación entre la literatura y el Mediterráneo se acaba de publicar *La novela de la Costa Azul* (Periférica), un sorprendente y apasionante ensayo sobre la simbiosis entre la Riviera francesa y los escritores. Su autor, el italiano Giuseppe Scaraffia, lleva a cabo la hercúlea tarea de repasar las vidas de todos los autores que alguna vez recabaron en la Costa Azul. Están, claro, Francis Scott y Zeldá Fitzgerald, pero también Chéjov, Romain Gary, Colette, Zweig, Françoise Sagan, George Sand o hasta el Marqués de Sade, quien vivió en Marsella en 1772 una noche de sexo tan brutal y sonada que acabó teniendo que exiliarse en Italia. El ensayo o novela (porque si hay un libro inclasificable es este) es tan infinito como las obras de todos los autores que cita. Sus más de 400 páginas, ordenadas por pueblos y ciudades, se hacen cortas porque uno quiere seguir leyendo anécdotas e historias de los escritores más importantes de los siglos XIX y XX que se lanzaron a las playas y a las villas del sur de Francia para construir un imaginario colectivo en el que vivimos todavía. El escritor italiano recuerda una frase de Joseph Conrad que une a casi todos los escritores que buscaron sus aguas cansadas: "El mar nunca ha sido amigo del hombre; como máximo ha sido cómplice de su inquietud".

Norwich: "He considerado el Mediterráneo como cuna y tumba, una bendición y un campo de batalla"

Hay un escritor siciliano, ciego como Homero, del que acaban de publicarse tres títulos: Andrea Camilleri

Dentro de la literatura mediterránea, existe un subgénero que ocupa cada vez más espacio en las librerías españolas: los libros sobre Sicilia, la isla más grande del viejo mar, que Norwich investigó a fondo en sus ensayos *Los normandos en Sicilia* y *Un reino al sol*, dos tomos que forman una única obra sobre el fascinante período de la conquista normanda en los siglos XI y XII, y que luego amplió en *Sicily* (todavía no está publicado en castellano), que recorre ese territorio desde los griegos hasta la Cosa Nostra. La violencia ha marcado la historia de esta isla, desde las guerras púnicas hasta la Mafia, pero también la mezcla de culturas reflejada por ejemplo en las ermitas normandas de Palermo o en el aroma inequívocamente español que flota sobre sus ciudades. Existe un escritor siciliano, de 93 años, ciego como Homero, del que afortunadamente nunca paran de editarse obras: Andrea Camilleri. Acaba de salir un nuevo tomo de las aventuras de su comisario Montalbano, *El carrusel de las confusiones* (Salamandra), que se suma a la novela *El sobrino del emperador* (Destino) y a la maravillosa *La moneda de Akragas* (Gatopardo), por citar solo los libros publicados recientemente de su inmensa producción. Como su maestro Leonardo Sciascia, Camilleri logra hacer inmenso lo pequeño, porque la mayoría de sus libros ni siquiera transcurren en Sicilia, sino en la localidad imaginada de Vigàta. Cada nuevo libro de Camilleri es una alegría. También se acaba de publicar un nuevo tomo de la gran escritora siciliana Simonetta Agnello Hornby, *Palermo es mi ciudad* (Gatopardo), que recoge sus recuerdos de infancia y juventud. Se trata de un ensayo muy personal, que describe una sociedad en la que las cosas cambian demasiado lentamente y muchas veces para que todo siga igual (Agnello Hornby conoció a Tomasi di Lampedusa en su infancia).

En el mar de Norwich se multiplican las guerras y las tragedias, los combates y los enfrentamientos: sus aguas son sobre todo el lugar donde los viejos enemigos se conocen y se miden (romanos y cartagineses, cristianos y árabes y luego turcos, los grandes imperios). "He hecho la crónica de muchos desastres y de pocas tragedias. He considerado el Mediterráneo como una cuna y una tumba, un vínculo y una barrera, una bendición y un campo de batalla. Qué triste ver cómo se convierte en un campo de juegos, cómo se transforman los viejos puertos en puertos deportivos y cómo las trirremes son reemplazadas por lanchas motoras", escribe desde la nostalgia al final de un ensayo que nos permite soñar con dioses y viajes pero también con la violencia y el olvido. El mar de Scaraffia es mucho más lúdico y divertido, menos solemne, aunque las vidas de muchos de sus escritores rozan permanentemente la tragedia. Mientras se leen sus historias, que transcurren en Cannes, Niza, Cap-Ferrat, Le Lavandou o Marsella, resulta inevitable pensar que lo que trata de explicar es que el viaje de Ulises no ha acabado nunca, que todos seguimos perdidos en el Mediterráneo.

LECTURAS

El carrusel de las confusiones

Andrea Camilleri
Traducción de Carlos Mayor Salamandra, 2019
221 páginas
17 euros

Breviario mediterráneo

Predrag Matvejević
Traducción de Luisa F. Garrido y Tihomir Pištelek Acañtilado, 2019
208 páginas
20 euros

La novela de la Costa Azul

Giuseppe Scaraffia
Traducción de Francisco Campillo Periférica, 2019
429 páginas
22,50 euros

La moneda de Akragas

Andrea Camilleri
Traducción de Teresa Clavel Gatopardo, 2018
120 páginas
14,90 euros

El sobrino del emperador

Andrea Camilleri
Traducción de J. C. Gentile Destino, 2018
246 páginas
17 euros

El mediterráneo

J. J. Norwich
Traducción de Emilio Muñoz Ático, 2018
782 páginas
29,90 euros

Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby
Traducción de Teresa Clavel Gatopardo, 2018
280 páginas
20,95 euros

El gran mar

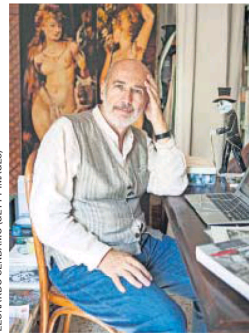
David Abulafia
Traducción de Rosa M. Salleras Crítica, 2013
794 páginas
26,90 euros

Un reino al sol / Los normandos en Sicilia

J. J. Norwich
Traducción de Maureen y Juana Gallego Almed, 2009
366 y 431 páginas
55 euros

Giuseppe Scaraffia

"El cine llevó a la Costa Azul a los ricos y a los turistas"



LEONARDO GENAIANO (GETTY IMAGES)

POR DANIEL VERDÚ

El verano, el calor o el mar no parecían el mejor contexto para la concentración y el trabajo intelectual de aquel grupo de escritores. Pero a veces suceden pequeños milagros que transforman algunos lugares en espacios de efervescencia creativa. Sucedió en la Costa Azul en el período de entreguerras. Un lugar por el que ya habían pasado Casanova o el Marqués de Sade sin dejar apenas un testimonio escrito de aquella experiencia, pero que se transformó con la llegada de los primeros ingleses y de una familia de mecenas muy particular. Thomas Mann, Jean Cocteau, Nietzsche, Stefan Zweig, Fitzgerald... todos encontraron entre los pinos y el mar Mediterráneo el espacio perfecto para que explotasen algunas de sus mejores obras. Giuseppe Scaraffia (Turín, 1950), escritor y filósofo, profesor de literatura francesa en La Sapienza, entendió que hacía falta contarlo y convertir el propio espacio por el que transitaban todos aquellos egos en el verdadero protagonista. Es lo que ha hecho en *La novela de la Costa Azul* (Periférica).

PREGUNTA. ¿Los 36 sitios, y no la cronología o los personajes, marcan la historia?

RESPUESTA. Pensé que daba una percepción distinta de los autores. Uno era joven en Mentón, viejo en Marsella... Un arco de la vida humana. Además, nos permite ver a Simenon solo en una casita de Cagnes primero, y más tarde en la villa lujosa con su esposa, a quien recompensaba cada infidelidad con un bolso de Hermès. Es el mismo hombre, pero no lo es. Somos distintos en cada lugar donde estamos. Y en este período el espacio era muy importante: transformaba.

P. ¿Cómo les transformaba a ellos?

R. Es como si el sol los disolviese. Incluso a Thomas Mann, imperturbable, que siempre llegaba con traje negro de gala, pero que poco a poco se fue dejando llevar. Digamos que

la Costa Azul es un territorio de nadie en el que todos podían hacer lo que querían.

P. ¿Qué buscaban?

R. Todos venían de la gran tragedia de la guerra mundial, a lo que se sumaba una plaga de fiebre que había propagado la idea de que la vida era un bien precario que debía disfrutarse al máximo: beber, hacer el amor, perder el tiempo. Fue un cambio generacional, un mundo liquidado por la crisis económica. Después de la crisis de 1929, de hecho, se vendieron 350 villas de estadounidenses.

P. Un contexto hecho de verano y fiestas no parece el mejor sitio para escribir. Pero de ahí salieron grandes obras.

R. Solo Chéjov decía que la Costa Azul era mejor para leer que para escribir. El resto trabajó muchísimo. Me impactó la imagen de Nietzsche que paseaba y se iba parando para escribir bajo una sombrilla. Fitzgerald empezó ahí *El gran Gatsby* y *Suave es la noche*. Camus, *El hombre rebelde*. Cocteau decía que las flores crecen en París, pero nacen en la Costa Azul.

P. Cuenta que Benjamin se jugó el dinero de un viaje en el casino y ganó. ¿Qué papel tenía la ruleta en toda esta historia?

R. Importante. Era un punto en que la vida se ponía en juego. Chéjov, de hecho, construyó una en miniatura para practicar y descubrir el secreto de la fortuna. Pero Benjamin fue el único que ganó.

P. ¿El turismo tuvo que ver con el final de aquel esplendor cultural?

R. Entonces todavía había muy poco. Estaba más en Montecarlo o Niza. Lo trajo el cine. Como a los ricos. En realidad, aquella era una Costa Azul donde el único factor de molestia eran ellos. Venían algunas épocas y luego desaparecían.

P. Entonces, ¿cómo se terminó todo?

R. Duró hasta los años treinta, cuando los alemanes empezaron a invadir Francia. Hubo grandes problemas. Luego quedó devastado, se convirtió en otra Costa Azul, más ligada a lo mundano. Y los ricos, entonces, sí, empezaron a ser mayoría.

P. ¿Hoy queda algo así en el Mediterráneo?

R. No creo. Capalbio (en la Toscana) era una caricatura, artistas falsos y ricos auténticos. Capri sí fue algo parecido. Ahí se fueron muchos de la Costa Azul: Graham Green, Fitzgerald, Wilde, Malaparte... también hicieron sus gamberradas ahí.